CONTRA LA PAZ

 ¿Habrá alguien que esté en contra de la paz? La paz es esa “virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego, opuestos a la turbación y a las pasiones”, pero este complejo asunto no puede reducirse a posiciones extremas, porque irían en contra de su propia naturaleza y algo estaría mal. ¿Posiciones extremas? Sí, los que están a favor y los que están en contra. Y los que fungen de analistas deberían tenerlo muy presente, porque el maniqueísmo nos retrotrae a las épocas más oscuras de la humanidad, que se resumen en el clásico: amigos, en este lado y enemigos, en el otro; en donde los unos se llevan el premio gordo, mientras los otros van al patíbulo. ¿Podrá haber paz en esas condiciones? No, señores, en el intento por apaciguar a Colombia, nosotros creemos que nadie en su sano juicio estaría en contra de la paz como concepto idealizado: “tranquilidad y quietud públicas en los Estados, en contraposición a la guerra”. Sin embargo, la mitad de la población que votó en contra en el referéndum convocado por el presidente Santos dejó muy claro que no estaba en contra de la paz, sino de algunos de los preceptos y términos del acuerdo suscrito con antelación, porque a su juicio estaban convencidos de que perjudicarían a la sociedad. En resumen, la paz tiene que ser un beneficio para todos y la condición fundamental es la justicia, porque paz sin justicia es nuevamente el camino a la guerra. Y la humanidad lo conoce de sobra.

 Para comprender mejor nuestro argumento, ponemos a continuación un ejemplo por analogía, pero con otros protagonistas: ¿qué les hubiese parecido un acuerdo de paz entre Pablo Escobar y el presidente Gaviria? Muchos podrían argumentar que el capo del narcotráfico era un criminal execrable y que, en consecuencia, no era confiable. En efecto, después del fracaso de su reclusión en “La Catedral” no podía serlo y antes, tampoco; en resumen, por su propia naturaleza nunca fue de fiar. Los hablantes del español – un idioma en el que se forman familias de palabras - , en general, somos aficionados a las etimologías, y la palabra “fiar” proviene del latín “fides”, que significa “fe”, y que unida al prefijo “con” (junto, todo) se transforma en “confiar”, que es la “cualidad del que tiene total seguridad de algo o alguien”. La palabra “fianza” derivada de “fe” es el objeto de valor o depósito dado como garantía. El requisito fundamental para que haya confianza es la experiencia en el cumplimiento de la palabra o promesa, y cuando alguien representa a una organización, entonces tiene que ser competente para poder pactar a su nombre. Señores, la confianza no es gratuita, no podemos confiar en todo el mundo, pues sería irresponsable, y es muy valiosa para echarla en saco roto. A propósito, ahora utilizan un término financiero: “a fondo perdido”. ¿Serán confiables las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia? ¿Cometieron menos crímenes que Pablo Escobar? Porque entendemos que no todo puede reducirse a semántica matizada con eufemismos; verbigracia: los terroristas de ayer cambian de nombre y se transforman en un aporte positivo para la sociedad, así de rápido. Para edulcorar la situación, podríamos afirmar que los criminales de cualquier especie o de todas son “poco” confiables y cualquier pacto es un enorme riesgo, aunque al igual que los milagros, a las sociedades a veces no les queda más remedio que obligarse a creer y esperar y perdonar y olvidar… Pero nunca bajar la guardia.

 Con los antecedentes expuestos, creemos que no era correcto afirmar que los que votaron en contra o los que los indujeron a ello estaban en contra de la paz, como escuchamos decir en forma paladina en algunos conversatorios, entre intelectuales, se entiende. Y, por supuesto, también nos interesamos por los argumentos de las partes e incluso miramos con simpatía e indulgencia a los que proponían la firma de la “paz”. Y nos impresionó aquello de que en Colombia nunca hubo una reforma agraria. No conocemos a fondo su contexto social, pero si se parece a lo que era en este país, entonces habría una tamaña injusticia. Nosotros criticamos el procedimiento por sus múltiples fallas, pero el hecho como tal era justo; pedimos disculpas a los religiosos que participaron en los fundamentos teóricos; sin embargo, unas palabras de los otros nos pusieron en alerta: “El comunismo es sangre”. Y permitirles que hagan propaganda de una ideología que atenta contra la libertad es algo muy serio, pero la historia nos dice que ha ocurrido muchas veces: la clásica paradoja de la libertad. “¡Vivan las cadenas!” Parece increíble, pero hay pueblos que llegan a amar su propia esclavitud y la de sus hijos, son gentes envilecidas. El patriotismo se relaciona con la capacidad de aprender a derramar su sangre en aras de la libertad, así como lo hizo Bolívar, porque la libertad no es un regalo, no cae del cielo, requiere de enorme esfuerzo y sacrificio, no es para pusilánimes. Y cuando se la consigue, entonces es una enorme responsabilidad del día a día: un equilibrio difícil de mantener. Y la tiranía generalmente se relaciona con la corrupción, y los sátrapas tanto se acostumbran que ni siquiera les preocupa y se hacen cínicos y desvergonzados y hasta son capaces de afirmar que respetan los Derechos Humanos cuando llenan sus cárceles con presos políticos. El comunismo es sangre, pero por doble vía, y no hace falta hacer un recuento para refrescarnos la memoria sobre los millones de muertos; basta mencionar a Stalin, y a Pol Pot en Camboya. ¿Cuál es la otra vía? Pues los muertos requeridos para impedir que el comunismo clave sus garras. Para explicarlo mejor, hagamos un breve comentario sobre el concepto de legítima defensa; supongamos un ciudadano que sufre el ataque alevoso de un delincuente y en el forcejeo lo mata. ¿Quién es la víctima? Por supuesto que no puede ser el delincuente; la verdadera víctima es el ciudadano honesto que por las circunstancias cometió un asesinato; él debería exigir del Estado una indemnización por daño moral, porque el Estado es en último término el responsable de su seguridad. ¿Por qué fue la guerra civil en España? En gran medida, para evitar la entrada del comunismo. Un historiador mencionaba que no había encontrado documentos relacionados con una conspiración para tal efecto; sin embargo, Churchill, con la sagacidad de un político experimentado, se refirió a las cartas a Largo Caballero. Es que estas cosas no se hacen ante notario público. ¿Y qué sucedió con Sendero Luminoso en el Perú? Se habla de sesenta mil muertos. Y la represión en Argentina y en Chile y las guerras en América Central. ¿Fue solo culpa de los represores? ¿Cuántos muertos habría habido si entraba el comunismo en esos países? Pensemos en Cuba con la “búsqueda del enemigo interno”, en mínima proporción comparada con Camboya; y el esperpento en que han convertido a Venezuela, cuyo pueblo provoca lástima, y cuyos gobernantes, risa; y dicen que no han asesinado a ningún preso político. Bueno, salvo aquellos inducidos al suicidio, luego de atroces torturas, en realidad no lo han hecho, casi como la Inquisición que no derramaba sangre, pero sus colectivos armados, con el disfraz de delincuencia común, han matado a millares. ¿De quién es la responsabilidad por la seguridad pública? Popper, el filósofo y moralista, escribió que en su opinión la única guerra que puede justificarse es para derrocar a un tirano. Y si hablaba de guerra, implícitamente se refería a sus consecuencias. Si analizamos con objetividad, nos daremos cuenta de que incluso las guerras sucias, como efecto para impedir la entrada del comunismo, tuvieron un componente moral. Sabemos que algunos insurgentes lo hicieron por un ingenuo idealismo ante la doliente carga de injusticia social, pero es claro que escogieron el peor camino. Algunos personajes nobles y sinceros han reconocido su error.

 ¿Fue Fidel Castro un buenito? Y lo decimos por aquella propaganda barata para las galerías: los buenitos en un lado y los malotes en el otro. Es una paradoja, pero tenía que llegar el Gobierno de Correa para que los ciudadanos de este país abrieran los ojos respecto a Cuba. Llegaron miles de cubanos en búsqueda del paraíso americano y contaron sus historias y, al paso, los ecuatorianos se dieron cuenta de muchas cosas. ¿Por qué Fidel despertó tanta admiración en América Latina? Por supuesto que no fue solo la imagen bíblica de David y Goliat. Para comprender mejor, recordemos con ayuda del amable lector el famoso documental “Un viaje con Fidel” del periodista Jon Alpert; aquel en que se abre la camisa para probar que no utilizaba chaleco a prueba de balas, y se acuesta en una cama y puede conciliar el sueño, con absoluta confianza, frente al periodista. El tipo derrochaba simpatía, y qué contraste con los agentes USA americanos, agazapados en un rincón, mascullando entre ellos y con mirada siniestra. Razón tuvieron de prohibirlo en su país. A propósito, ¿recuerdan las fábulas, cuando los animales tenían comportamiento de humanos? Hagamos un ejercicio mental: ¿Qué animal representaría a Fidel? ¿Y qué animales a los agentes?... Coincidimos, ¿no es verdad? Al parecer, los americanos son buenos para el marketing de bebidas gaseosas, hamburguesas y el “Black Friday”, pero no les ha resultado fácil en política internacional.

 ¿Fue Fidel un buenito? No, él fue un ególatra, un narcisista y un megalómano que de entrada eliminó a quienes podían hacerle sombra. El “Che” Guevara fue un poeta frustrado que no tenía cabida en Cuba. Le sirvió mucho mejor como mártir, y, por supuesto, le sirvió su leyenda, porque somos especialmente proclives a la fantasía y renuentes a la lógica y a la crítica. Y no es precisamente porque estos pueblos sean complejos. A continuación, presentamos algo de Chocano: “¡Oh raza antigua y misteriosa // de impenetrable corazón, // y que sin gozar ves la alegría // y sin sufrir ves el dolor; // eres augusta como el Ande, // el Grande Océano y el Sol!” Pero Europa también es compleja, como lo es cada una de sus naciones, y los EE.UU. es un país complejo, sobre todo ahora, y Asia es compleja. Señores, la complejidad no es una particularidad etnográfica, la humanidad siempre ha sido compleja. A propósito, ¿quién fue más malo: Pinochet, Fidel Castro o las FARC? Empecemos con lo más fácil de medir: el número de muertos por violencia política. De lo que conocemos, podríamos atribuir al primero, unos tres mil; al segundo, unos veinte mil (podría ser mucho más) y a los otros, unos trescientos mil ¿Y los resultados económicos? Cuba es un desastre, mientras en Chile dejaron la mesa servida. Fidel construyó una verdadera monarquía absoluta con el carácter de vitalicia y hereditaria, que muchos otros líderes han intentado copiar, y en esto consiste lo peor de su legado. Pero algunos afirman que Fidel fue un ejemplo de dignidad y soberanía. ¿Qué hay de verdad? Nosotros, en repetidas ocasiones, hemos dicho que hay que anclar estos términos en tierra para que escapen de la demagogia. La dignidad tiene que concretarse en requisitos mínimos; de esta suerte, lo que ocurre en Venezuela es la más nefasta e indigna herencia de Castro. ¿Y la soberanía? Es la capacidad para promulgar leyes en beneficio del pueblo, sin buscar pretextos. Como conclusión, es importante para teóricos de la moral y expertos en Derechos Humanos lo que vamos a tratar: un político dijo, hace muchos años: “La justicia es relativa”, y la sociedad se escandalizó. Los crímenes de lesa humanidad están tipificados y no prescriben, sin importar el país de origen o los autores; sin embargo, en Colombia se ha hecho tabla rasa, en Cuba, el principal responsable fue un “héroe”, y está exonerado por tal concepto – léase a Carlyle -, Siria es una procesadora de carne fresca, en donde la fuerza impone su moral, pero en Chile siguen buscando a los culpables, porque son simples mortales que tienen que rendir cuentas. Al parecer, la justicia es relativa y depende de la propaganda. Para graficar, imaginemos a un pobre infeliz en el Infierno, sufriendo lo indecible, cuando de pronto ve a un barbudo sentado en el Cielo y que se ríe a carcajadas y, señalándole con el dedo, le dice: “Yo te superé en maldad y estoy aquí, chico”. Encima se observa un letrero: “Somos héroes”.

Carlos Donoso G. // Diciembre de 2016